

ANTONIO SICARI

ISABEL DE LA TRINIDAD

Una existencia teológica



EDITORIAL DE ESPIRITUALIDAD

Triana, 9 - 28016 MADRID

www.edespiritualidad.org

ede@edespiritualidad.org

Diseño de cubierta: Ricardo Plaza

Título original:
ELISABETTA DELLA TRINITÀ
Un'esistenza teologica

© P. Antonio Sicari
© By Edizioni O.C.D.-Roma 1984

ISABEL DE LA TRINIDAD
Una existencia teológica
Traducción: P. Juan Montero, O.C.D.

© By Editorial de Espiritualidad
Madrid, 2006

ISBN: 84-7068-309-8
Depósito legal: M. 6.482-2006
Impreso en España - Printed in Spain
Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Polígono Igarza. Paracuellos de Jarama (Madrid)

«On s' imagine quelquefois que dans les clôîtres on ne sait plus aimer, mais c'est tout le contraire, et pour ma part je n'ai jamais en plus d'affection. Il me semble que mon coeur s'est élargi... Combien je suis hereuse en mon Carmel; après le Ciel il me semble que l'on ne peut avoir plus de bonheur, et ce bonheur est comme un prélude...»

«A veces imaginamos que en el claustro no se sabe amar, pero es todo lo contrario. Por mi parte, nunca he amado más que ahora. Me parece que mi corazón se ha ensanchado... ¡Qué feliz soy en mi Carmelo! Después del cielo, me parece que no se puede tener mayor felicidad, y esta felicidad es como un preludio...»

(ISABEL DE LA TRINIDAD, C 290)

SIGLAS DE LAS OBRAS DE ISABEL DE LA TRINIDAD *

<i>CF</i>	El cielo en la fe.
<i>GV</i>	Grandeza de nuestra vocación.
<i>UE</i>	Últimos ejercicios.
<i>DA</i>	Déjate amar.
<i>D</i>	Diario.
<i>NI</i>	Notas íntimas.
<i>P</i>	Poesías.
<i>C</i>	Cartas.

OTRAS SIGLAS

<i>S</i>	<i>Summarium</i> , de la <i>Positio super virtutibus</i> , Roma, 1979.
<i>Doc</i>	<i>Ex Documentis</i> , de la <i>Positio super virtutibus</i> , Roma, 1979.
<i>R</i>	<i>Recuerdos</i> , EDE, Madrid, 1985 ³ .

* Se cita siempre por: Isabel DE LA TRINIDAD, *Obras completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1986.

PRESENTACIÓN

Isabel de la Trinidad (1880-1906) fue declarada beata por Juan Pablo II en 1984. Había muerto el 9 de noviembre, hace cien años.

Este libro cuenta su vida; pero no se trata de una biografía en el sentido tradicional del término. Es, más bien, el relato de una teología vivida.

Es verdad que Dios ha hablado «una vez por todas» en su Verbo encarnado y escrito, pero continúa explicando su Palabra en la existencia de todos los que aceptan asimilarla como pan de vida. Y la ciencia teológica tiene que aprender ya a tener en cuenta esta especie de «prolongación de la revelación».

Sucede, sin embargo, que en las decisiones secretas de su corazón, el Señor escoge a veces a alguno de sus hijos para una misión particular al respecto.

La existencia de estos elegidos se mezcla entonces, como en un crisol, con el oro de su Palabra.

Entonces la verdad ya revelada se pronuncia todavía, como si se encarnase otra vez, como si se escogiese y construyese para sí el cuerpo en el que manifestarse de nuevo.

En primer plano no está la criatura que responde a la Palabra, sino Dios que quiere construirse con genialidad divina una habitación adaptada a su Verbo.

La obediencia (la escucha) del hombre, en este caso, no desvía la atención de la Palabra, sino que se asombra y sorprende: es sólo un paso a través del cual se puede contemplar hasta qué punto esa Palabra ha sabido penetrar hasta la división del alma y del

espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (*Heb 4, 12*).

Nos encontramos, pues, ante Isabel de la Trinidad: son pocos y escasos los episodios de su vida que haya que contarlos otra vez.

Pero es una existencia que —cuando entra en contacto con los demás, sobre todo a través de la correspondencia (y eso se mantiene como si se tratase de cartas dirigidas a nosotros)— se derrama por completo a sí misma en el corazón de quien escucha, y no sabe hacerlo más que describiéndose como la Palabra misma de Dios.

Sin embargo, es precisamente lo contrario de cualquier subjetivismo peligroso: es un nuevo encuentro de tal manera objetivo, que es, más bien, ella la que se siente «narrada» por la Palabra que la precede, la envuelve, la educa y la espera.

Isabel no explica la Palabra: se siente explicada por ella, con humilde gratitud.

Los misterios de la fe iluminan, en ella y en nosotros, el misterio de su vida. Pero, al fin, su existencia es toda entera una reflexión digna de la mejor teología.

También en este libro transcribo abundantemente los textos que Isabel nos ha dejado, interviniendo con oportunos subrayados que remiten al comentario teológico y lo justifican.

El entrelazado entre las numerosas citas, la doctrina teológica y el relato de su vida —continuamente reconstruido y reequilibrado— es lo que más me ha costado al escribir el libro.

Espero que también sea su mérito y su originalidad. Sobre todo, con vistas a la educación de los jóvenes religiosos a los que sigo dedicando gran parte de mi vida.

P. Antonio SICARI

CAPÍTULO 1

CON AMOR ETERNO TE HE AMADO (Jer 31, 3)

«Qué dulce es el abandono, sobre todo cuando se conoce a quién se ha abandonado uno» (C 62).

De este modo, a principios del siglo xx, Isabel Catez, una joven francesa de veintiún años, comentaba su deseado e inminente ingreso en el monasterio carmelita de Dijon.

Sabía que sería bien comprendida, porque estaba escribiendo a un sacerdote, amigo de la familia, que había bendecido la boda de sus padres, que la había tenido sobre las rodillas cuando era niña, que había escuchado sus primeras confidencias vocacionales y le había *creído*, a pesar de que la pequeña apenas tenía siete años: un sacerdote que la había visto crecer, en el cuerpo y en el alma, estando cada vez más pensativo en el milagro que poco a poco Dios iba cumpliendo en el corazón de aquella criatura suya, ya desde la infancia¹.

Espiritualmente, había hecho de padre, sobre todo cuando había sabido recordar a la madre —hostil a la vocación religiosa de Isabel— una verdad con mucha frecuencia olvidada (la verdad que, ella sola, permite a los padres ser verdaderamente tales): «¡Señora, antes de ser hija suya, es hija de Dios!»

En sus cartas desde el monasterio, le llamará: «Padre de mi alma» (C 230) y a él le confiará de modo preferente todas las fases de su madurez espiritual.

Como alguna vez sucede que la paternidad de Dios encuentra mediadores informados y atentos, también sucede que él decide

¹ Se trata del canónigo Angles. Cfr. R 1,22 y ss.

demostrar lo radicalmente que una criatura es hija suya: por él querida, amada y predestinada desde siempre.

Y si Dios decide ofrecernos una demostración evidente no sólo de que es Padre, sino de que nosotros somos hijos, también puede escoger el camino de penetrar con desconcertante evidencia hasta en la vida de una niña y le hace que madure de forma extraordinaria con su presencia.

Y esto es lo que le sucedió a Isabel Catez.

No se trata, en su caso, de ceder a una moda hagiográfica, inoportuna y fastidiosa: la de quien quiere a toda costa que los «santos» lo han sido desde pequeños, y así los describe. Por el contrario, se trata de aceptar simplemente que —en el curso de una breve existencia— Dios acelera la madurez de su elegido, sobre todo cuando esa «prisa divina» está conforme plenamente con la misión carismática que quiere confiarle y con el mensaje que éste tendrá que dejar a la Iglesia y al mundo.

M. Teresa de Rostang, una amiga de infancia de Isabel, recordándola más tarde, a los catorce años, dio este testimonio: «Siempre tuve la impresión de que era una criatura predestinada. A los diez años tenía una madurez al menos superior a su edad» (S 368).

Tendremos que recordarlo constantemente cuando estudiemos el breve currículum de su vida (Isabel morirá a los 26 años), y nos parecerá que las fechas principales que la distinguen, con un ritmo definitivo, son muy precoces.

En este punto sólo tendremos dos posibilidades: o la acostumbrada interpretación banal, localizada, por supuesto, en cualquier manual de psicología, o el estupor ante el misterio.

Ya la misma madre de Isabel, aun siendo muy religiosa, no logró entender y aceptar, sino muy tarde, lo divino que invadía la vida de su niña.

Más aún, muchos contemporáneos se encontrarán a disgusto ante una criatura que parece haber nacido casi «destinada» al Carmelo, destinada a «sepultarse detrás de las rejas»: la expresión es de la propia Isabel, quien sabía perfectamente, por experiencia personal, cómo el mismo punto de llegada que, a ella le parecía adorable, a otros les parecía terrible.

Escribía a una amiga suya, pocos días antes de encerrarse en el monasterio para siempre:

«Cuento con su agradable visita. Espero que las rejas no la espanten, como a una amiga de mamá, que acaba de venir a despedirse. Me había pedido que la llevase a ver a la madre priora y, cuando se encontró con las rejas, experimentó un terrible escalofrío. Yo estaba afligida de verla así» (C 64).

La amiga de mamá, pues, se compadecía de Isabel; ésta, en cambio, se compadecía de ella: y las dos estaban mirando la misma reja.

Después de algunos años, ya carmelita, en una situación semejante, sugería:

«Tú le dirás que las rejas del convento, que la habían helado y parecido tan sombrías, me parecen de oro» (C 109).

Pero el espanto de los extraños observadores se vería ciertamente agravado por un disgusto ulterior psicológico si hubiesen podido conocer *todo* el pensamiento y el deseo de Isabel. Un pensamiento y un deseo, por otra parte, que ella no podía revelar a nadie, sino al amigo sacerdote, padre de su alma, del que ya hemos hablado:

«¡Oh, le quiero confiar una cosa! Si usted supiera cómo a veces tengo una nostalgia del cielo... Cómo me gustaría irme allá arriba junto a él. Sería tan feliz si me llevase consigo, aun antes de entrar en el Carmelo, porque el Carmelo del cielo es mucho mejor, y sería igualmente carmelita» (C 55).

A los veintiún años, pues, Isabel elegía el monasterio, sólo porque se veía obligada a esperar «algo mejor», a contentarse con una especie de «camino del medio»:

«Ah, ya veis, el Carmelo no es todavía el cielo, pero tampoco es la tierra. ¡Cuán bueno es Dios por haberme traído aquí!» (C 90).

Lo repetimos: ante tales afirmaciones, no nos queda más remedio que sentir o un fastidio psicológico por gestos que nos parecen morbosos, o un delicado y sagrado estupor. Mucho dependerá de si nos damos cuenta de que estamos ante una muchacha de

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
SIGLAS DE LAS OBRAS.....	9
PRESENTACIÓN	11
CAPÍTULO 1 <i>Con amor eterno te he amado</i>	13
CAPÍTULO 2 <i>Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno</i>	33
CAPÍTULO 3 <i>Me desposaré contigo, para siempre</i>	47
CAPÍTULO 4 <i>Construid en mí la carmelita</i>	61
CAPÍTULO 5 <i>El encuentro de las almas</i>	67
CAPÍTULO 6 <i>He ahí a tu Madre</i>	91
CAPÍTULO 7 <i>Se le ha dado la hermosura del Carmelo</i>	113
CAPÍTULO 8 <i>Carmelita y apóstol: son la misma cosa</i>	137
CAPÍTULO 9 <i>Morada de Dios</i>	149
CAPÍTULO 10 <i>El amor demasiado grande</i>	165

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 11	
<i>¡Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro!</i>	179
CAPÍTULO 12	
<i>Alabanza de gloria</i>	199
CAPÍTULO 13	
<i>En esta bella tarde de mi vida</i>	213
CAPÍTULO 14	
<i>Conformidad en su muerte</i>	225
CAPÍTULO 15	
<i>Hostia de alabanza. Esta misa que él celebra conmigo</i>	251
CAPÍTULO 16	
<i>Comienzo de la misión: «Déjate amar»</i>	265
CAPÍTULO 17	
<i>Conclusión: Por una lógica de la fe</i>	271